

Hegemonía y contrahegemonía en el campo discursivo político argentino: Crisis de representación y restitución de los antagonismos.

María T Bonetto, Fabiana Martínez, María T Piñero, Mariana Terminiello.

Cita:

María T Bonetto, Fabiana Martínez, María T Piñero, Mariana Terminiello (2004). *Hegemonía y contrahegemonía en el campo discursivo político argentino: Crisis de representación y restitución de los antagonismos*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/643>

Hegemonía y contrahegemonía en el campo discursivo político argentino: Crisis de representación y restitución de los antagonismos.

Dra. María Teresa Bonetto, Mgter. Fabiana Martínez,

Investigadores: Mgter. María Teresa Piñero, Lic. Mariana Terminiello

Centro de Estudios Avanzados (CEA), Universidad Nacional de Córdoba **Contacto:**

marianatermi@yahoo.com.ar

INTRODUCCION:

El presente trabajo se propone el análisis de las transformaciones del campo discursivo político en Argentina desde el año 2001, a partir del relevamiento de conjuntos discursivos amplios asociados a diferentes actores de la elite política.

En nuestra sociedad, durante la década del 90, se produjo una profunda reestructuración que tuvo como correlato la paulatina constitución de un paradigma discursivo neo-liberal como representación simbólica dominante y legitimadora de nuevas tendencias. Constituyó una modificación profunda de lo que Lechner denomina "los mapas mentales sobre la política" (1993), y una consecuente redefinición de los sentidos sociales asociados a la democracia: fue una matriz de significados y la condición de posibilidad de prácticas inéditas, que rearticulaban las relaciones entre procesos políticos, económicos y sociales¹.

Estas transformaciones estuvieron asociadas a la compleja transición de una cultura política estatal a otra individualista competitiva, con una universalización de la práctica del modelo utilitario y racionalista (García Delgado, 1994). En el nuevo modelo, se produjo una notable reducción de actividades y roles del Estado. El Estado emergente ya no se presenta como síntesis del bien común, de solidaridades amplias o sostén de la justicia distributiva, sino como garante de las reglas de juego, de la libertad y de la competencia. La sociedad ya no se concibe como una comunidad de sentido, sino como una comunidad de servicios, de intercambios pragmáticos y competitivos. Hay también una crisis de la anterior ciudadanía

social y la transición a otra, constituida a partir de una raíz más individualista y asociada al consumo.

En esta nueva formación discursiva hay varias operaciones de sentido significativas que redefinen a la política, su alcance y sus sentidos. Hay una desestructuración de las identidades colectivas clásicas, desaparecen las designaciones de colectivos (*movimiento obrero*, trabajador) y se sustituyen por interpelaciones individualizantes. El horizonte de valores no está constituido por referencias al bien común o a valores axiológicos, sino por la referencia a la *eficiencia*, la *eficacia* y la *inevitabilidad del cambio*. El efecto final de sentido es la representación de un mundo constituido por relaciones despolitizadas, y por lo tanto, desprovistas de su contenido antagónico.

Así, la política deja de representarse a sí misma como una práctica teleológica orientada por un orden posible, y bajos nuevos ideogemas como *eficiencia*, *apertura*, *flexibilidad*, pasa a definirse como el lugar que garantiza las transformaciones para una adaptación eficaz a los nuevos requerimientos del mercado. Los actores políticos tradicionales (como *Estado* o *movimiento obrero*) son sistemáticamente descalificados, a favor de una axiologización positiva del *mercado* o los *sectores privados*, que aparecen como sujetos completamente calificados para la administración de la cosa pública. Es en este marco que desaparecen también las referencias a la comunidad territorial (que generaba las identidades nacionales clásicas) y a los metacolectivos, depositarios de valores axiológicos (*nación*, *patria*, *república*).

Consideramos que, a partir del año 2001, se hace notoria la pérdida de consenso de este paradigma. El enorme costo social de las políticas neoliberales, la gravísima crisis económica y una crisis de legitimidad de los partidos que no deja de profundizarse generan una crisis del “pensamiento único”, tanto en el campo ciudadano como en la misma elite. A partir de la transgresión de los mandatos electorales se gestó una crisis de representatividad y un extendido desencanto de la política, las cuales tuvieron su máxima expresión en los hechos del 19 y 20 de diciembre, cuando la sociedad manifestó su rechazo al modelo socio-económico y descalificó a una dirigencia política irrepresentativa. No sólo se interpela a la clase política sino

también a los fundamentos de un sistema institucional y jurídico establecido según los intereses de los poderes dominantes y los organismos internacionales. Se advierte que los procesos electorales, más allá de explicaciones “técnicas”, no generan una distribución igualitario de efectivas oportunidades de participación ciudadana transformadora, y si no se reforman las estructuras económicas y sociales que equilibran las relaciones de poder, la formal igualdad política expresada en el voto no permite realmente la construcción de un proyecto común. De allí se explica la crisis de representación y la apatía en un contexto que excluye a las mayorías en la lucha por la distribución de los bienes sociales.

Surgen entonces discursos contrahegemónicos que proponen nuevos ordenamientos sociales posibles, y redefinen el sentido de la política. Proliferan desde el año 2001 nuevas prácticas y cristalizaciones discursivas que impugnan el paradigma neoliberal: el reclamo de numerosos “derechos” (y entre éstos, el *trabajo* como forma de inserción social), las condenas a las privatizaciones, los enunciados “antiglobalización”, la reaparición de representaciones positivas sobre el espacio nacional, la reasociación de la política a una dimensión ética y axiológica, y la fuerte resignificación de lo público y lo estatal. Se genera así un campo discursivo fragmentado y más plural, en el que los sentidos neo-liberales se ven confrontados por nuevos discursos, que generan tópicos impugnatorios y contrahegemónicos, y que acompañan a menudo una intensificación de la protesta social. A pesar de estas tendencias, predomina en la gestión política un manejo hegemónico fuertemente condicionado pro los requerimientos de los organismos internacionales, que incluyen la sanción de leyes, la adopción de medidas económicas, etc.

Ante las nuevas condiciones de producción, el discurso de los partidos se diversifica, conteniendo a veces representaciones contradictorias (como en el caso del PJ), haciéndose visibles –bajo el auge de una “personalización” de la política (Novaro, 1994)- posiciones de ciertos líderes o representantes de nuevas fuerzas políticas (Carrió, Zamora, Castro).

Desprendidos desde hace tiempo de su propia tradición y de los contenidos doctrinarios clásicos, frente a la pérdida de consenso y la aleatoriedad del vínculo electoral, la clase política

encuentran un amplio espacio en el que nuevos significados pueden emerger. Así, a las homogeneidades predominantes en la década del 80 y el 90, sucede un campo de formaciones discursivas en las que tendencias centrípetas (neoliberales) y centrífugas (emergentes/alternativas) atraviesan los discursos de los enunciadores de cada partido, impidiendo cualquier relación directa entre cada uno de éstos y una formación discursiva estable y homogénea.

En definitiva, lo que está en juego desde las Asambleas del año 2001, es la posibilidad de producir nuevamente representaciones capaces de otorgar sentido a la “política” como un espacio de la conducción general, y restituir la imagen de la sociedad como un “cuerpo político” o una comunidad, en torno a programáticos y una nueva axiología.

CUESTIONES TEORICAS – DISCURSO Y DISCURSO POLÍTICO

Desde el punto de vista del Análisis del discurso o de la socio-semiótica, el discurso político no aparece como el lugar de una referencialidad que remite a un mundo autónomo y dado, ni como la traducción directa y sobredeterminada de relaciones de poder o ideologías preexistentes, sino como el espacio simbólico en el cual en la disputa por la imposición de un orden posible pero siempre contingente, se legitima la emergencia y aceptabilidad de ciertos objetos e, incluso, de la institución de los mismos sujetos políticos (Guilhaumou, 1987; Laclau, 1987).

El nivel discursivo aparece como la dimensión significativa de cualquier conjunto de relaciones sociales: como señala Verón (1987), “la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales. Ahora bien, el único camino para acceder a los mecanismos imaginarios y simbólicos asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales”.

De este modo, más que un análisis de contenido, se evalúa a partir del recorte de fragmentos de la red de la semiosis (Verón, 1987) las huellas que ligan los discursos a particulares

condiciones de producción: a partir de productos –lingüísticos, en este caso- se apunta a los procesos socio-históricos en los que éstos han sido engendrados. Estas huellas pueden encontrarse en diferentes niveles: semántico, enunciativo, etc.

Por otro lado, el género del discurso político presenta algunos aspectos específicos. En primer lugar, este campo discursivo se asocia a la emergencia de un tipo de sociedad en la que el derecho y la democracia institucionalizan la práctica social (Bourque y Duchastel, 1992). Se define en relación al desarrollo de las sociedades modernas, donde la palabra es política porque se apoya sobre lo probable y lo posible y porque se constituye como un campo potencialmente abierto a varios interlocutores y a una co-construcción de la realidad por todos. Un campo discursivo político se instala entonces como el lugar en el cual los grupos discuten perpetuamente el poder, los fundamentos de la sociedad misma y el orden deseable que otorga sentido a la práctica política misma.

En segundo lugar, esta imposibilidad de establecer un fundamento último se relaciona con la incompletitud del todo social: en términos de Laclau (1987), la sociedad ya no es concebida como unificada por una lógica endógena subyacente, y dado también el carácter contingente de los actos de institución política, no hay ningún locus desde el cual pueda pronunciarse un fiat soberano. Sólo hay actos parciales de institución política, y esta incompletitud de lo social es crucial para comprender la lógica de la hegemonía, que instituye “a los diversos órdenes sociales como intentos precarios y en última instancia fallidos de domesticar el campo de las diferencias”.

En tercer lugar, la indeterminación instituye la hegemonía: fuerzas discursivas en relaciones antagónicas (o de subordinación, alianza, superposición) pugnan por ocupar un *centro vacío*. La disputa por la imposición de los sentidos legítimos es, en definitiva, la discusión acerca del orden posible -siempre contingente. En términos de Angenot (1989) se designa como hegemonía discursiva al conjunto de retóricas, tópicos e ideologemas ligados a ciertas dominancias interdiscursivas en un estado de sociedad. Se determinan así campos de legibilidad y legitimidad: la circulación, expansión y aceptación de ciertos enunciados y

subjetividades, generan articulaciones de ideologemas que caracterizan a una época (Beauchemin, 1992). Esta "topografía" es dinámica, pues la hegemonía es precaria e inestable por definición: la transformación de la doxa hará inaceptables los objetos que antes eran centralmente legítimos.

ANÁLISIS DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL 22 DE DICIEMBRE DE 2001

Es posible afirmar que todas las categorías propias del discurso político de las democracias modernas bajo el dominio de la doxa neoliberal, fueron omitidas. Por el contrario, en estos debates, la tematización de estas formas es completamente dominante, y esta restitución se liga a la necesidad de disputar una interpretación legítima del escenario político. De los muchos términos que se ligan directamente a la representación de lo político (*gobierno, política, poder, partido, sistema, electoral*) el lexema "*política*" aparece como el más significativo.

Así *política* aparece fundamentalmente como calificativo de *crisis, crisis política sin antecedentes que devora el país, crisis política más difícil de la historia del país, crisis política y crisis institucional*, pero hay relaciones diferenciadas que especifican distintos sentidos en cada partido. Encontramos en los componentes descriptivos del PJ un reconocimiento del importante rol de la política para la organización de la convivencia social y una constatación del fracaso de la dirigencia política en el ejercicio de dicha función. Sin embargo en el escenario de protesta popular, se visualiza un *tiempo difícil donde la dirigencia política está profundamente cuestionada*. Y esto se debe a una abdicación de la política para defender a la ciudadanía de los condicionamientos del modelo con predominio de los grupos de poder. Es juzgada críticamente, por ello la crisis de la política, se produce por esa subordinación de la dirigencia, por una crisis de la dirigencia política que ha perdido capacidad de gobernabilidad y legitimidad, que manifiesta pérdida de poder de decisión y subalternidad frente a los condicionamientos externos.

En un orden deóntico, la *política* aparece asociada a *gobierno representativo y republicano*, a *eficiente gobernabilidad* en tanto su función primordial es la adopción de decisiones para la resolución de los problemas sociales (*proyecto económico y social*), y a la legitimidad popular ligada a la demanda colectiva (*reclamos del pueblo, suerte de la democracia*). Una concepción normativa de la política democrática se define en el discurso del PJ, sus componentes principales son la capacidad de decisión y la legitimidad popular.

La presencia de las tematizaciones mencionadas va construyendo un escenario que culmina en una situación de crisis que se constituye en la contracara del sentido básico del "hacer política". Por eso las asociaciones más frecuentes que aparecen en los descriptivos están vinculadas a un tipo de conducción (*resolución, decisión, conducción, responsabilidad*) donde la política aparece como la única capaz de, *resolver los problemas, dar respuesta a la gente, asumir la responsabilidad de sacar el país a flote, generar ideas y propuestas* y asociada a una capacidad excluyente del enunciador que se evidencia fundamentalmente en los componentes programáticos, en los que se advierte que la solución de la crisis requiere primordialmente del ejercicio pleno de la política, dando cuenta de la necesidad de decisión y conducción que en el escenario de la crisis argentina le permite marcar la diferencia entre el gobierno saliente, sin capacidad de decisión y deslegitimado, y su opuesto (el PJ) que construye una imagen alternativa de gobernabilidad y legitimidad popular.

En el PJ la política se expresa a través de un modelo representativo. La política así funciona cuando los representantes tienen capacidad de decisión y responden a las demandas de la gente, visualizándose al pueblo como fuente de legitimidad de procesos políticos, pero en definitiva, la conducción pertenece a los representantes. Por eso la descripción de la crisis tiene un fuerte componente político y la principal respuesta se articula a una restauración de la representación, aunque también se mencionen propuestas estas se expresan a través de programáticos consumatorios a los objetivos finales y más generales del cambio, que en programáticos instrumentales referidos a políticas concretas.

Esta construcción discursiva de la política y de la crisis le permite al PJ generar una línea argumentativa que en el marco de una crisis absoluta y total del sistema en todas sus dimensiones, fundamenta la necesidad y legitimidad de su participación protagónica en la solución de la crisis.

En el ARI la descripción de la *política* tal como se presentó en el escenario de la crisis tiene dos dimensiones críticas. La primera vinculada a la crisis de representación por alejamiento de la dirigencia política de las demandas del pueblo y la brecha generada entre clase política y sociedad (*crisis de credibilidad, de representatividad, de legitimidad de la sociedad con respecto a la dirigencia política; la política en toda su dimensión, considerando los partidos políticos de distintos signos ideológicos ha perdido representación*). Pero la segunda, y tal vez la causa más profunda de la crisis de representación, se imputa a la adopción del modelo neoliberal, que es fundamentalmente quien destruye la *política*, porque trastoca el funcionamiento legítimo de ésta al priorizar a partir de sus políticas (desregulación, apertura, privatizaciones) la lógica del mercado por sobre la lógica política democrática que se asienta en la respuesta a las demandas de la sociedad y la protección de la dignidad de los ciudadanos (*cuestionamiento en serio de la gente a un sistema económico y social que orada la dignidad humana, en todo el continente en el que se aplicó la política neoliberal en los últimos 15 años...dejo un cuadro republicano débil y una catástrofe social*). Por eso, más que la ineptitud del gobierno se critica su traición al compromiso con el pueblo, al asumir el modelo neoliberal y sus políticas (*aquella fuerza política que por ineptitud e incapacidad, pero particularmente por desnaturalizar la voluntad popular expresada el 14 de Octubre de 1999, ha tenido que abandonar el gobierno*).

Se plantean asociaciones que permitirían la superación de la brecha existente entre la dirigencia política, los partidos y el pueblo para el funcionamiento legítimo de una política democrática (*el avance de la conciencia popular, evidenciado en el pueblo como agente que interpela, transforma y trasciende el modo de hacer política imperante*). Este discurso tematiza dos crisis: la de representación (*privilegios de la dirigencia política*) y fundamentalmente la del

modelo (privilegios del poder económico). Así se marca la oposición al modelo neoliberal que se asocia a los privilegios del poder económico, corrompiendo a la dirigencia política que asume esos privilegios y se distancia del compromiso con el pueblo y sus demandas.

Para el ARI, además de la construcción como adversario de la propia dirigencia política existieron actores externos que contribuyeron a su desprestigio (*los que motorizaron una feroz campaña contra la política y el Parlamento, los que nos saturaron con la idea de que el gasto público y su aumento son los responsables de la crisis que se vive*). Pero en los componentes programáticos el ARI construye un escenario de superación no sólo de la crisis de representación sino fundamentalmente del fin del modelo de acumulación.

En FC y AyL se produce la semantización negativa de los anteriores escenarios y actores hegemónicos y refutación de la doxa neoliberal, atacando en todos sus niveles las formaciones discursivas de dicho modelo, construyendo un auténtico discurso contrahegemónico. El FC construye una tematización del modelo que plantea una continuidad entre las políticas represivas excluyentes de la dictadura y su reiteración en los programas económicos de los gobiernos democráticos posteriores. La acción del pueblo el 20 de diciembre del 2001 constituye la verdadera ruptura de un modelo injusto y excluyente, no desmantelado por las democracias.

Critica la diligencia política y la constituye en responsable del desencadenamiento de la crisis, por su distanciamiento del pueblo (*la que se denomina la clase política a la que no pertenezco, porque designa a una corporación a dado esta noche un espectáculo que muestra que el parlamento no esta a la altura de las circunstancias*), el cual es instituido en el protagonista, en el marco de una red verbal definitoria de sus acciones, y en agente de ruptura y generación de cambio. Mientras que el enunciador se incluye en el colectivo transformador y revolucionario y no se involucra en la diligencia desprestigiada

Adelantamos que los campos semánticos de política y pueblo constituyen una red de significados en cuyo marco emerge con claridad que la política democrática legítima es protagonizada por el pueblo. Este es el único agente de superación del modelo de ajuste y

exclusión que burlo el mandato popular. *(el pueblo tomo una fuerte decisión política cuando tiro abajo este gobierno de traidores, el pueblo no dijo basta a la política, el pueblo salió a darnos una lección de política)*

A diferencia del PJ y el ARI, no se postula aquí una necesaria restauración del vínculo representativo, sino una profunda y radical autocrítica de la clase política, que no aparece asociada a capacidades de resolución de la crisis (PJ) ni al lugar de la prescripción (ARI). Por el contrario es colocada en un escenario de culpa y responsabilidad en la instauración del modelo.

La responsabilidad de la clase política en su subalternización al mercado emerge con toda claridad: la sustitución de los objetivos y la lógica política del logro de una convivencia social que limite y equilibre los objetivos y la lógica del mercado, por la de una sumisión e incondicionalidad absoluta a este último transforman a la clase política y a la política en meros gestores del capitalismo.

Los programáticos están resumidos así en una apelación que organiza los nuevos sentidos de la política: *cambiar las reglas de juego, porque ese fue el mandato del día de furia; que este parlamento deje de legislar para los ricos; que dejemos de privilegiar a los sectores de la usura nacional e internacional y que comencemos a privilegiar a los sectores postergados de la producción y el trabajo.*

A diferencia de las formaciones discursivas anteriores, los programáticos que proponen un modelo alternativo se definen con claridad en términos de clases y sectores sociales.

En el caso de AyL, también la crisis constituye una consecuencia de un modelo que se comenzó a gestar en el golpe militar de 1976 y que no fue desmantelado por los gobiernos democráticos anteriores. No es este debate el resultado de una gestión que abortó, que termino siendo expulsada por la acción de la población, sino que es resultado de un proceso mucho más largo. El relato crítico del proceso, desde el golpe militar que gestó el modelo del capitalismo salvaje, opresor y excluyente, construye un escenario signado por la continuidad aún luego del proceso de democratización. *(el mayor crimen de los gobiernos que sucedieron a*

la dictadura militar, fue continuar esa política, engañando a la población diciendo que se abría un cambio). La constatación de la explosión de protesta y de la crisis se enmarca como efecto predecible de la globalización asimétrica y sus impactos excluyentes para la periferia. Por eso los programáticos se orientan a una ruptura radical con el contexto. El único sujeto legítimo del cambio, aquel que es capaz de restaurar la política como proyecto común equitativo, es el pueblo y éste debe continuar en su rol para restituir a aquella la función que la legitime: *me hace ser muy optimista el hecho de que el pueblo recuperó un poder que delegó en la democracia representativa y apuesto que lo siga conservando*. Las estrategias propuestas se orientan a la total transformación del orden existente.

Otro de los principales caracteres de las asambleas analizadas es la restitución de las identidades colectivas que habían sido progresivamente disueltas en el paradigma neoliberal. Son estos los que determinan ahora los cursos de acción y ya no las fuerzas indeterminables e impersonales de la historia o el mercado. Son sujetos colectivos a cargo no sólo de diagnósticos sino fundamentalmente protagonistas de los programáticos de transformación, de cambio de un modelo político y económico, pero también que interpelan directamente a la dirigencia política por el incumplimiento del mandato devenido del voto popular.

Predominan entonces los sujetos colectivos generales: *pueblo, gente*. Pero también reaparece en las fuerzas minoritarias y contrahegemónicas *los trabajadores, el movimiento obrero, la clase media, los pobres, los desocupados, los que tiene hambre*, o sea aquellos sobre los que recayeron las consecuencias del modelo neoliberal. A pesar de las equivalencias entre algunos colectivos² es el primero el que presenta los empleos más variados y novedosos, y el que distingue, a su vez, a los distintos enunciadores.

En el caso del PJ y la UCR, la voluntad popular (*el voto del pueblo*), derecho político, es al que se le reconoce un sentido predominante, y que remite a su vez al único derecho al que relegaba el discurso neoliberal. Al ser el principal atributo del pueblo otorgar legitimidad a los representantes, es imposible la convergencia de ambos colectivos en un nosotros más amplio.

La tematización de esta legitimidad concentra un empleo muy importante en el caso del PJ en la medida que aparece como principal causal argumentativo para las nuevas elecciones a las que pretende convocar. Así, *elegir*, o algún equivalente (*se pronunció, eligió, poner nuevo presidente*) aparece como la acción más atribuida. Incluso se acentúa que el *pueblo* ya lo eligió para que gobierne (*asumir una responsabilidad especial*)

Novedosamente reaparece también como destinador de programas al *nosotros los políticos* (*someterse a su voz, daba clase de cómo buscar el norte*). Pero este empleo que destaca al *pueblo* como sujeto de acción necesario e ineludible para la vida política pareciera que nunca hubiera sido obviado.

En el caso del PJ se observa también la aparición del *pueblo* como protagonista central de los hechos históricos de la historia argentina, pero a pesar de eso no llega a recuperar el sentido clásico de *pueblo* en el discurso peronista. En síntesis, es un sujeto que no participa directamente del gobierno, sólo legitima por medio del voto y excepcionalmente reclama y actúa, pero fundamentalmente junto al partido justicialista (*la irrupción del pueblo en las calles de toda la Patria, y fundamentalmente, en la histórica Plaza de Mayo, que cincuenta años antes había recibido a las masas sudorosas que protagonizaron aquel histórico 17 de octubre*). En ningún otro enunciador aparece la asociación con el territorio (*pueblo argentino*) que evidencia otra de las diferencias con el discurso neoliberal que eludía toda referencia a la pertenencia territorial como rasgo distintivo.

En el ARI dos son los empleo más distintivos: el que acentúan los valores morales del pueblo (es *la reserva moral de la Nación*), como ejemplo al cual regresar, y el de un sujeto que no está representado, que más allá de la expresión por medio del voto reclama una transformación profunda, fundada en una axiología fuertemente política, de defensa de las instituciones. Esta última relación está acentuada por las relaciones establecidas con los metacolectivos y los programáticos que le son atribuidos: *fundar una nueva República, construir una nueva Nación, el parto de una nueva república*. Así las modalizaciones más frecuentes corresponden al orden por saber y fundamentalmente del hacer del sujeto colectivo (*generar su mística, generar la*

decisión de cambio. Es evidente la instauración de un momento fundacional (*este ciclo lo cerró el pueblo en la calle gritando basta*) a cargo del *pueblo*, del que los representantes están admitidos sólo como garantes institucionales, con el intento de instauración del enunciador como nueva fuerza política, destinada a acabar con los vicios del bipartidismo.

Es un sujeto histórico que incluso ha roto el lazo con sus representantes (*no necesita representación, sólo garantizar transición el pueblo sólo puede*).

Es el FC el caso donde aparece la mayor novedad pues sus enunciadores retoman colectivos abandonados en los 90 *movimiento obrero, trabajadores*. Así las equivalencias son de carácter histórico, y los reclamos trascendentes y no coyunturales. El pueblo rompe y desestructura este entramado perverso y es el que abre nuevos caminos y posibilidades. Por ello la clase política debe seguirlo. El diagnóstico y el remedio son mucho más fuertes que en el PJ y en el ARI para la restauración de la política. No se trata de la reconfiguración o restablecimiento del vínculo representativo. Se trata de subvertir la interrelación. (*El pueblo no dijo basta a la política, el pueblo salió a darnos una lección de política, El pueblo dijo basta a la trampa y al acuerdo de la corporación política*).

La mayores equivalencias son entre los colectivos *pueblo y gente*, lo que evidencia que la pérdida del sentido histórico del *pueblo* se diluye en un colectivo anónimo y excesivamente abarcativo, consecuencia del desplazamiento producido durante la hegemonía discursiva neoliberal que sustituyó las identidades tradicionales por colectivos generales sin anclaje en una dimensión política, social o histórica.

Así, *gente* presenta mayormente un sentido impreciso, salvo cuando es equivalente de pueblo. En el PJ, donde se concentra casi la mitad de los contextos, el empleo más frecuente remite a dos sentidos marcados por la coyuntura. El primero remite a un colectivo que se expresa sólo en el acto electoral, manteniendo el empleo instaurado por el discurso neoliberal, y cuya voluntad debe ser respetada. El otro al sujeto colectivo que protagonizó los acontecimientos de diciembre que culminaron con la caída de De la Rúa (*caceroleó la gente*). Es la gente quien estuvo y está en la calle en esos momentos, más que el pueblo.

Aún no se distingue la construcción de otro que se oponga claramente al pueblo, salvo aquellos representantes que no satisfagan las expectativas del colectivo en la coyuntura. Esto refuerza un sentido de *pueblo* donde su acción política está determinada por el cortoplacismo.

DEBATE POR LA DEROGACIÓN DE LA LEY DE SUBVERSIÓN ECONÓMICA. CRISIS DE LA DOXA NEOLIBERAL: EL RETORNO DE LOS “ADVERSARIOS”.

El debate sobre la derogación de la ley de subversión económica, discutida en mayo de 2002, fue vista públicamente como una imposición inaceptable del FMI, en el marco de la crisis económica iniciada en el 2001. Aunque se trata de una cuestión económica, el debate presentó un conjunto de sentidos políticos y sociales asociados a dos categorías centrales del género político: un vasto conjunto de descriptivos que juzgan negativamente al modelo neo-liberal constatando su fin; y en este marco, la semantización negativa de un conjunto de actores y relaciones, que hacen posible la tematización del adversario y la valoración de la isotopía de lo nacional. Todos estos componentes discursivos son doblemente significativos: configuran un nuevo escenario, disputan a la doxa neoliberal la marca axiológica de los actores, despliegan nuevas estrategias discursivas de legitimación y, por otro lado, son los componentes que vienen a sustituir a la gramática antes predominante, ya sea por inversión de marcas valorativas o por restitución de ideologemas omitidos durante una década. En este debate, atraviesan tanto los discursos de fuerzas minoritarias como los de representantes de partidos mayoritarios.

Nos resulta particularmente significativa la categoría del contradestinatario (muy difusa en los debates sobre las asambleas, más dedicadas a la tematización del lazo representante/representado, en un escenario en el cual casi no existe otro negativo) que permite organizar una contrahegemonía, cuestionar intensamente a todos los programáticos económicos neoliberales (globalización, predominio de lo privado, regulación por el mercado, privatizaciones), a los que se atribuyen consecuencias negativas (*hambre, dolor, vergüenza,*

concentración de la riqueza, cinco millones de desocupados, régimen económico de miseria, concentración de riqueza e injusticia social, política económica genocida).

El retorno de la figura del adversario, ausente en la doxa neoliberal en la que estos mismos actores aparecían como aliados del desarrollo, el progreso, etc., provoca varios efectos de sentido: hay una lectura sobre la realidad a refutar; la figura del Otro permite tematizar la propia identidad (a menudo, por oposiciones axiológicas) y la relación antagonica da lugar a programáticos diferenciados. Muy asociados a la particular crisis de diciembre del 2001, nuevos contradestinatarios se configuran en oposición a los *argentinos*: el FMI, el poder financiero y económico local, la clase política aliada a los programas propuestos por estos actores (*los bancos/los banqueros*).

El FMI se tematiza como causa principal de la crisis, de la que son principales afectados los *argentinos* o *el pueblo*. Se asocia a una serie profusa de antivalores (*injusticia, traición, vaciamiento, impunidad, saqueo, pensamiento único, neoliberalismo, daño, legalidad, colapso total, crisis moral y material*). La relación entre países invierte ahora su marca axiológica, y se define en términos de una dominación inaceptable (*chantaje, dependencia, degradación, extorsión, coacción, ordenes, intimidación, exigencia, defienden los intereses extranjeros, condicionan al gobierno*). La identidad de este contradestinatario aparece siempre negativamente marcada, y asociada a la política de los 90 (aludida como *empresas extranjeras, dogma del pensamiento único, dogma del neoliberalismo, estilo de vida del Norte, filosofía del Consenso Washington*): *poder financiero transnacional, usurero, avergonzante, conglomerado poderoso, visión hegemónica e imperial*. Los ideologemas de los 90 comienzan a ser designados como una "ideología", que responde a intereses que no son los nacionales, y ya no como un conjunto de verdades irrefutables que se realizan en el transcurso de la historia: es el principio de la crisis de la doxa. Surge un nuevo dispositivo de enunciación (que no se cristalizó en las Asambleas el 2001) que no sólo marca una nítida línea entre "ellos" y "nosotros", sino que además construye una nueva cadena de equivalencias semánticas (*nosotros/los argentinos/los políticos*).

La condición axiológica negativa de este adversario permite relacionar, por oposición de sentidos, los valores del espacio interno, que no puede ser otro que el nacional/estatal. El antagonismo se asocia a una oposición que hace posible el retorno de lo nacional: después de una larga exclusión, los metacolectivos asociados al territorio (*patria, nación, república*) se instauran nuevamente como principios de legitimación del enunciador y su palabra. Se hacen urgentes los programáticos asociados al *interés nacional*, el *patriotismo*, la *producción* y el *trabajo local*, la *integración regional*: una vez instituido, el espacio nacional debe ser defendido del adversario.

Todos los enunciados refutan el imaginario de una *nueva sociedad planetaria* integrada en un desarrollo general, y una relación conflictiva sustituye a la anterior complementariedad.

El segundo contradestinatario significativo, *bancos* y *banqueros*, aparece asociado a los mismos antivalores: *vaciamiento, lobby, sistema financiero clandestino, corrupción, actividades ilícitas, saqueo, ladrones de guantes blanco, delincuentes, corruptos*. Aparecen también como responsables de la privación de bienes (*orden económico público, ahorro, fortuna, tierras, puestos de trabajo, impiden la recuperación y reactivación económica*), y constituyen los actores bisagra entre los mandatos de Estados Unidos y la complicidad de las políticas locales. Algunas de estos subjetivemas son injurias, y presentan un sema de ilegalidad que coloca a los actores fuera del campo de lo aceptable.

En estos debates, los metacolectivos (como *país, Nación, Argentina, República*) nuevamente son significativos y la cuestión nacional retorna asociada a lo estatal, pues aparecen equivalencias que van configurando un nuevo “dispositivo semántico” (Beauchemin, 1992:136): *país, Nación / soberanía, identidad, independencia económica / Estado nacional*. Si antes el Estado aparecía definido en relación al *crecimiento desmesurado, la ineficacia, el déficit fiscal, la pobreza*; ahora se define como un actor político legítimo y central. La figura, como puede verse, se reviste de sentidos al funcionar en un nuevo marco en el cual se destacan como valores la comunidad nacional y la autonomía: es decir, una axiología constituida sobre la exterioridad inaceptable y la marca negativa del extranjero. En oposición a los actores privados

la economía nacional, se constituye un campo semántico que asocia *Estado* a valores positivos, de tipo morales (*dignidad, libertad, soberanía, identidad*) pero también políticos (*república, integración, autonomía*) y económicos.

En este último punto, una oposición recorre diversos discursos generando dos modelos: por un lado, el *desarrollo nacional* equivale a *reactivación, industria, sector productivo, sector público, restitución del sistema financiero* (es decir: contraprogramáticos que restituyen los bienes perdidos y cancelan al adversario); por otro, la *economía globalizada, el FMI, el Consenso Washington* equivalen a *miseria, injusticia, hambre, pobreza, crisis terminal, colapso*.

CONCLUSIONES

De la formación discursiva de los 90 a ésta, todo ha cambiado: escenarios, sujetos y programas son radicalmente diferentes. Estos cambios no pueden entenderse en relación sólo a las posibilidades de emergencia y mayor visibilidad que otorgó la crisis desatada en diciembre de 2001. sino que corresponden a un espacio discursivo más amplio, en el cual se cuestionaban estos significados³

Nos hemos centrados en sólo dos elementos constitutivos de la doxa neoliberal que se vieron cuestionados: la proposición del mercado y la técnica como los reguladores sociales y la disolución de los antagonismos (con la consecuente despolitización de los vínculos y la crisis de las identidades colectivas homogéneas clásicas) a partir de la restitución de la política como instancia dadora de sentido y el retorno de la figura del adversario, respectivamente.

Esto provoca varios efectos de sentido: hay una lectura sobre la realidad a refutar a partir de un orden que ya no se basa en la regulación tecnocrática, lo que da lugar a programáticos de otro orden, mientras que la figura del Otro permite tematizar la propia identidad que el discurso neoliberal había diluído.

Éstas son, en síntesis, algunas de las transformaciones de los discursos que analizamos, las que coexisten en un campo político más amplio en el cual todavía los ideogramas neoliberales tienen vigencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGENOT, MARC (1989): *1889. Un état du discours social*. Le Préambule, Québec.
- BEAUCHEMIN, J. “Les aspects étiques du discours politique duplessiste: la représentation dans la société liberale”. *Discours Social/Social Discourse*, v.4, CIADEST, Canadá.
- BONETTO, MARIA SUSANA ; PIÑERO, MARIA TERESA. y MARTINEZ, FABIANA (2002): *Argentina, otro país. Consecuencias del modelo neoliberal*. Advocatus, Córdoba.
- BOURQUE, GILES. et DUCHASTEL, JULES (1988). *Restons traditionnels et progressifs. Pour une nouvelle analyse du discours politique*. Ed. Boréal, Canadá.
- (1992) : “Le discours politique néo-liberal et les transformations actuelles de l’État”. *Discours social/Social Discourse*, CIADEST. 4, Canadá.
- FOUCAULT, M. (1976): *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
- GARCIA DELGADO, D. (1994): *Estado y sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Norma, Bs.As.
- GUILHAUMOU, J (1989) *La langue politique et la Revolution Francaise*. Klincksieck, París.
- KERBRAT-ORECHIONI, CATHERINE (1997): *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Edicial, Buenos Aires.
- LACLAU, E. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI, España.
- LECHNER, NORBERT (1993). “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”. Jornadas de CLACSO, CEA, UNC.
- LEFORT, CLAUDE (1990): *La invención democrática*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- MAINGUENEAU, DOMINIQUE (1985) *Introducción a los métodos de Análisis del Discurso*. Hachette, Buenos Aires.
- (1991) *L’Analyse du discours. Introduction aux lectures du archive*. Hachette, París.

NOVARO, MARCOS (1985): "Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática". Revista *Sociedad*, N° 6, Buenos Aires.

--- (2000): *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*. Homo Sapiens, Rosario.

PARAMIO, LUDOLFO (2002): "Reforma del Estado y desconfianza política", trabajo presentado en el VII Congreso Internacional del CLAD, Lisboa, Octubre de 2002.

PRZEWORSKI, A (1998): *Democracia sustentable*, Piados, Buenos Aires.

VERON, ELISEO y SIGAL, SILVIA (1986) *Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Legasa, Buenos Aires.

VERON, ELISEO (1987) *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Hachette, Buenos Aires.

--- (1997): *Semiosis de lo ideológico y del poder*. UBA, Buenos Aires.

-YANUZZI, MARÍA DE LOS ÁNGELES: (2003) "Algunas reflexiones en torno del concepto de representación y reforma política", en MUÑOZ, RICARDO (comp):, CEPRI.

¹ Como señalan Bourque y Duchastel (1992), este modelo constituye una tendencia mundial que acompaña el desmantelamiento del Estado de Bienestar, la internacionalización económica y la crisis de representación.

² Consignaremos exclusivamente las equivalencias entre *pueblo y gente*, pero en nuestro análisis hemos incluido también los colectivos *argentinos y sociedad*, pero por una cuestión de espacio ha quedado al margen del trabajo.

³ Por ejemplo los movimientos sociales, fundamentalmente el piquetero (y la incidencia de grupos antiglobalización que contaron con mayor fuerza en otros países, pero cuyos programas se articularon con los contrahegemónicos locales), la dirigencia sindical nucleada en la CTA y también la que motorizó el reclamo en torno a Aerolíneas Argentinas.